

20 de diciembre

IV domingo de Adviento

2Sam 7,1-5. 8b-12. 14a.16 / Sal 88 / Rom 16,25-27 / Lc 1,26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel.

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible».

María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

(Lucas 1,26-38)

1. Desde la Palabra de Dios

El cuarto domingo de Adviento señala la última etapa de preparación para la celebración de Navidad, misterio de encuentro con el Dios hecho hombre, de la Palabra hecha palabras humanas, de toda la Trinidad que definitivamente se implanta en el corazón de los fieles.

Lucas describe el evangelio de la infancia de Jesús en torno a María. El anuncio de la venida del Mesías se realiza lejos del templo de Jerusalén, como se describe el anuncio de Juan Bautista, en una humilde aldea de Galilea, Nazaret. Y no se da el anuncio a un sacerdote como Zacarías, sino a una sencilla mujer.

En la Biblia encontramos diversos relatos de anunciaciones —Ismael, Isaac, Sansón, Samuel, Juan Bautista—. Lucas nos presenta el anuncio de Jesús del mismo modo:

- Saludo del enviado de Dios. Aquí, el ángel Gabriel (v. 28);
- Extrañeza y turbación de quien recibe el anuncio, María (v. 29);
- El enviado invita a la serenidad, comunicando el mensaje (30-33);
- Pregunta de la elegida, María (v. 34);
- Nueva explicación y aceptación del mensaje (35-38).

La iniciativa viene de Dios, que ha ido preparando la historia de salvación en el Antiguo Testamento.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4, 4-5), Dios envió su propio Hijo, nacido de una mujer. Jesús es presentado como el Hijo de Dios y, al mismo tiempo, hijo de María, representante de todo el género humano. Jesús es también el que

viene a cumplir las promesas hechas a David: «el Señor Dios le dará el trono de David, su padre».

Por eso, envía a su mensajero para anunciar la venida de su Hijo, como Hijo del Altísimo. Jesús viene a realizar el Reino de Dios, cuyo signo y anticipo fueron los reinos de Israel: «reinará sobre la descendencia de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin».

María es la que hace posible la donación de Dios a la humanidad. Sin sueños de grandezas, como David, alejada de los centros de poder político y religioso, humilde doncella de una pobre aldea, en la Galilea de los gentiles.

La disponibilidad de María abre las puertas de la humanidad a la acción salvadora de Dios. La fuerza de Dios, que crea todo por medio de la Palabra vuelve a acontecer en los tiempos nuevos del Evangelio, las palabras confiadas y sencillas de la joven María, «hágase en mí según tu Palabra» (v. 38), hacen brotar la nueva creación, el Hombre nuevo. Y la nueva creación superó a la primera.

También hoy a nosotros, como a María, el Señor nos dice continuamente: «no temas, porque has alcanzado gracia ante Dios». Podemos preguntarnos en estos días cercanos a la Navidad: ¿reconocemos los dones del Señor en nuestra vida? ¿Soy capaz de decir, como María «hágase en mí según tu Palabra»?

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, cuarto y último domingo de Adviento, la liturgia quiere prepararnos para la Navidad que ya está a la puerta invitándonos a meditar el relato del anuncio del Ángel a María. El arcángel Gabriel

revela a la Virgen la voluntad del Señor de que ella se convierta en la madre de su Hijo unigénito: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo» (Lc1, 31-32). Fijemos la mirada en esta sencilla joven de Nazaret, en el momento en que acoge con docilidad el mensaje divino con su «sí»; captemos dos aspectos esenciales de su actitud, que es para nosotros modelo de cómo prepararnos para la Navidad.

Ante todo su fe, su actitud de fe, que consiste en escuchar la Palabra de Dios para abandonarse a esta Palabra con plena disponibilidad de mente y de corazón. Al responder al Ángel, María dijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (v. 38). En su «heme aquí» lleno de fe, María no sabe por cuales caminos tendrá que arriesgarse, qué dolores tendrá que sufrir, qué riesgos afrontar. Pero es consciente de que es el Señor quien se lo pide y ella se fía totalmente de Él, se abandona a su amor. Esta es la fe de María.

Otro aspecto es la capacidad de la Madre de Cristo de reconocer el tiempo de Dios. María es aquella que hizo posible la encarnación del Hijo de Dios, «la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos» (Rm16, 25). Hizo posible la encarnación del Verbo gracias precisamente a su «sí» humilde y valiente. María nos enseña a captar el momento favorable en el que Jesús pasa por nuestra vida y pide una respuesta disponible y generosa. Y Jesús pasa. En efecto, el misterio del nacimiento de Jesús en Belén, que tuvo lugar históricamente hace más de dos mil años, se realiza, como acontecimiento espiritual, en el «hoy» de la Liturgia. El Verbo, que encontró una morada en el seno virginal de María, en la

celebración de la Navidad viene a llamar nuevamente al corazón de cada cristiano: pasa y llama. Cada uno de nosotros está llamado a responder, como María, con un «sí» personal y sincero, poniéndose plenamente a disposición de Dios y de su misericordia, de su amor. Cuántas veces pasa Jesús por nuestra vida y cuántas veces nos envía un ángel, y cuántas veces no nos damos cuenta, porque estamos muy ocupados, inmersos en nuestros pensamientos, en nuestros asuntos y, concretamente, en estos días, en nuestros preparativos de la Navidad, que no nos damos cuenta que Él pasa y llama a la puerta de nuestro corazón, pidiendo acogida, pidiendo un «sí», como el de María. Un santo decía: «Temo que el Señor pase». ¿Sabéis por qué temía? Temor de no darse cuenta y dejarlo pasar. Cuando nosotros sentimos en nuestro corazón: «Quisiera ser más bueno, más buena... Estoy arrepentido de esto que hice...». Es precisamente el Señor quien llama. Te hace sentir esto: las ganas de ser mejor, las ganas de estar más cerca de los demás, de Dios. Si tú sientes esto, detente. ¡El Señor está allí! Y vas a rezar, y tal vez a la confesión, a hacer un poco de limpieza...: esto hace bien. Pero recuérdalo bien: si sientes esas ganas de mejorar, es Él quien llama: ¡no lo dejes marchar!

En el misterio de la Navidad, junto a María está la silenciosa presencia de san José, como se representa en cada belén —también en el que podéis admirar aquí en la plaza de San Pedro. El ejemplo de María y de José es para todos nosotros una invitación a acoger con total apertura de espíritu a Jesús, que por amor se hizo nuestro hermano. Él viene a traer al mundo el don de la paz: «En la tierra paz a los hombres de buena

voluntad» (Lc2, 14), como lo anunció el coro de los ángeles a los pastores. El don precioso de la Navidad es la paz, y Cristo es nuestra auténtica paz. Y Cristo llama a nuestro corazón para darnos la paz, la paz del alma. Abramos las puertas a Cristo.

Nos encomendamos a la intercesión de nuestra Madre y de san José, para vivir una Navidad verdaderamente cristiana, libres de toda mundanidad, dispuestos a acoger al Salvador, al Dios-con-nosotros.

Papa Francisco. Ángelus 21/12/2014

3. Desde el fondo del alma

Te doy gracias, Padre, por la riqueza de tu gracia que has derramado abundantemente sobre nosotros con gran sabiduría e inteligencia.

Como María, quiero estar disponible para vivir en mí tu proyecto de salvación y sintonizar con tu Voluntad en todos mis actos.

Me confío a Ti, Padre, junto con tu Hijo y hermano nuestro, Jesús, que, al venir a este mundo, te manifestó su total disponibilidad:

«Aquí estoy para hacer tu voluntad».

Gracias, Jesús, porque me enseñas y me ayudas a ser verdadera persona humana y portarme como hijo del Padre y hermano tuyo.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.